

Múltiples afinidades se advierten entre este tipo de trucajes y la secuencia del cormorán agonizando en una mancha de petróleo, símbolo, también falsificado, de la Guerra del Golfo. Una guerra cuyo escrutinio televisivo han examinado Baudrillard y otros, acentuando las implicaciones del simulacro en el polimorfo universo de la realidad virtual.

Conviene, sin embargo, retomar la guía del *hoax*, pues, en lo que toca a los géneros informativos, la sociedad del espectáculo propicia la construcción del suceso. De hecho, los ámbitos consensuales que mencionábamos más arriba tienen márgenes muy permeables. La ficción penetra en los informativos —es el *infotainment*— y genera espacios como *America's Most Wanted* (1988), de Paul Abascal y Christopher Coppola, dedicado a la representación dramática de crímenes *reales*.

En el ámbito español, hay fraudes celebrados —por ejemplo, las falsas noticias que divulgan los telediarios el Día de los Inocentes—; otros, sin remitir a ninguna certeza explícita, disuelven su culpa e intervienen como parte en el proceso de reflexión en torno a la *verdad* televisiva. Es el caso de *Camaleó*, emitido por el circuito catalán el 5 de abril de 1991, donde se narra un falso golpe de Estado contra Mijail Gorbachov.

El 1 de marzo de 2000, el programa de Televisión Española *Metrópolis* ofrecía un reportaje de Victoria Mappleback, *Timo*, dedicado a la figura de Michael Born. Llegado a la conclusión de que el periodismo es un gran negocio, este reportero alemán vendía sus crónicas más impactantes al canal público ARD, a RTL Stern y a Der Spiegel TV. Su error: equivocarse en la puesta en escena. Alguien descubrió que un dirigente kurdo en uno de aquellos reportajes era la misma persona —el mismo actor— que aparecía en otra grabación como enlace de una red de narcotráfico. Un tribunal de Coblenza abrió el proceso y condenó al falsificador Born a cuatro años de prisión.

Quedan, pese a todo, los imitadores. La productora Carlton TV comercializó el reportaje de investigación *The Connection*, sobre el comercio de droga entre Colombia y Gran Bretaña. El curioso podrá descubrir en esta pieza a todo un grupo de actores haciéndose pasar por mafiosos. Algo similar ofreció la cadena británica Channel 4, condenada a pagar una multa de cuarenta millones de pesetas por introducir secuencias filmadas por actores en un reportaje sobre la prostitución masculina.

Aceptémoslo: el discurso noticioso de la información masiva se ve coloreado por la ficción audiovisual contemporánea. En el fondo, se trata de la reiteración de un viejo fenómeno: la prensa de Hearst y Pulitzer también adquiriría ademanes del folletín y el relato tenebroso. Sucede que, en ese diálogo entre realidad y ficción, esta última puede resultar demasiado tentadora.

Así, cuando las cadenas toman el partido de los *talk-shows*, se impone un modelo televisivo confesional donde prima el deseo de ofrecer al espectador su reflejo. Oprah Winfrey, Geraldo Rivera, Jerry Springer, Laura Bozzo y otros muchos presentadores, congregan en esta particular forma de tertulia a un grupo humano ligado por una situación cotidiana, reconocible y melodramática. La viudedad, un esposo infiel o el fracaso profesional pueden ofrecer la disculpa de una charla más o menos subterránea. Pero por una cuestión escénica, siempre cabe proponer tertulias amañadas, aún más intensas. En ese afán, varios empleados de la BBC fueron despedidos por contratar al grupo de actores que fingieron otra personalidad en *The Vanessa Show*, la tertulia de Vanessa Feltz. En uno de los programas llegaron a participar dos supuestas hermanas que, realmente, eran actrices sin la menor relación de parentesco.

A la vista de sus índices de audiencia, quizá sea cierto que el gran público no tiene interés en la verdad de los *talk-shows*. También es un fraude esa variante de la lucha libre que llaman *wrestling*, y sin embargo tiene un extraordinario seguimiento televisivo en toda Norteamérica, desde México hasta Canadá. Afinando el paralelismo con el falso combate, no deja de ser notable que los *talk-shows* de Jerry Springer, tan irrefrenables y agresivos, quién sabe si fingidos, sean los de mayor popularidad.

Es difícil no ver cómo se relaciona esta clase de falsificación con la que protagonizaron en los años cincuenta varios concursos estadounidenses. Al igual que los *talk-shows*, también aquellos concursos esbozaban un modelo de vida y permitían a los espectadores formarse una imagen de sí mismos. Cruzar el arco triunfal de un programa como *Twenty-One*, creado por el productor de la NBC Dan Enright, significaba dinero y popularidad. Pero cuando descendió la audiencia, Geritol, la firma patrocinadora, permitió ciertas manipulaciones. Fue así como Herb Stempel, un concursante eficaz pero de mediocre aspecto, fue vencido por un carismático profesor de la Universidad de Columbia, Charles Van Doren. El fraude era sencillo –Van Doren sabía las preguntas que iban a formularle– y los telespectadores descubrían un reflejo más atractivo que también formaba parte de su competencia. A partir de ahí, pese al tiempo que los separa, cabe una lectura compartida y transgénica de *Twenty-One* y *The Vanessa Show*, precisamente por aquello que tienen de ficticio.

En esta concepción dialógica, uno de los espacios más representativos del acceso del gran público a los medios masivos ha sido *America's Funniest Home Videos* (1990). Aun mostrando vaciedades, el programa alcanzó unas cifras de audiencia insólitas, y por este motivo fue exportado al resto del mundo. Más desvergonzados que pudorosos, los vídeos domésticos reuni-

dos en este tipo de espacios suelen recurrir a la *slapstick-comedy*: caídas fortuitas, acrobacias, persecuciones, bromas y, en general, humor físico. Dentro de ese margen, nadie puede asegurar que los remitentes hayan rodado un acontecimiento espontáneo. Y en razón de esto los productores suelen destacar la cantidad de vídeos *preparados* que reciben. Un fraude inofensivo, pero que no ha de pasar desapercibido en las cadenas cuando se sienten imitadas por este público embaucador.

Ciertamente, de un simulacro televisivo nos seduce su impresión de verdad, pero no habrá engaño si quien lo plantea respeta el pacto y si nosotros, los destinatarios, articulamos el mismo código y no desplegamos un horizonte de expectativas demasiado embarazoso. Sin embargo, una vez decidido el nivel de lectura, nunca hallaremos un espejo unidireccional de lo real. Con fraude o sin él, en esta vanidad de las imágenes no cabe una muestra exclusiva o correcta de la realidad, sino tantas como el consumidor escoja en su reducido ámbito de atención.

